

boda existía entre tú y yo cierta acometividad. Tú tratabas de humillarme... de atormentarme. Lo hacías con voluptuosidad... por calistenia... Te olvidabas, quizá, de que a los hombres nos impulsa a la lucha y al triunfo la fuerza atávica de la dominación.

Ahora el vencedor soy yo. Y ha sucedido lo que era fatal que sucediera; después de la fiebre loca de la carne, la desilusión del deseo satisfecho me ha traído, a mi pesar, el recuerdo de las antiguas torturas, de tu perversidad sensual—que hoy me apartan de tí... No es que quiera vengarme, no: es la vida la que me venga.. No nos oponemos al mandato de la Vida!

ANGELA, *airada*.—Está bien! Sigue solo tu camino. Pero ten entendido que cada vez que encuentres en él una emboscada, la he tendido yo!

*Se aleja algunos pasos; vuelve la cabeza y sonriendo irónicamente.*

No nos oponemos al mandato de la Vida!...

MARCELO, *ya de pie, fijando en ella los ojos fríamente*.—Está bien!...

*Se aleja.*

ANGELA, *haciendo una transición violenta, se vuelve desde la puerta del saloncito, y asiendo por los brazos a Marcelo, con voz y gesto suplicantes*.---Mira, Marcelo... No te vayas!... esto no puede continuar así!... Ayúdame a encontrar una solución para nuestro problema.

MARCELO, *apartándola suavemente*.---Ah! pero no estaba resuelto?

ANGELA.---Has dislocado mi vida; me has robado la tranquilidad, y quiero que me la devuelvas.

MARCELO.---¿Cómo podría devolverte lo que no tengo?... Además, estoy aun bajo el peso de tus amenazas y no sé si... intentas tenderme una celada.

ANGELA.---Vas a lograr desesperarme. No te creía tan ruin que hubieras recogido mis palabras... Yo estaba fuera de mí.

MARCELO.---Casi estoy convencido de que las cumplirás.

ANGELA, *insinuante*.---Pero es que no crees que todavía pudiéramos ser felices?

MARCELO. No creo: te conozco y me conozco.

ANGELA.—Una noche, allá en el campo,

me dijiste que de tí no había de sacarme nadie ¿lo recuerdas?

MARCELO.—Sí, Angela, lo recuerdo.

ANGELA, *suave, suavemente*.—¿Es cierto? ¿Aun me quieres?... ¿No debo perder la esperanza?

MARCELO.—Lo que deseo guardar de tí es el recuerdo de una dulce ilusión ¿por qué tratas de arrebátarmela?

ANGELA.—Bien sabes que no quiero quitarte nada, sino darme toda a tí.

MARCELO.—Eso ya no puede ser... no pretendas imposibles.

ANGELA. Nuestro cariño imposible!

MARCELO.—Sí, Angela... no ves que en este momento eres tú peor enemigo: eres la Realidad... y «la Realidad es el Ideal venido a menos». Déjame conservar intacta la ilusión de otros días.

ANGELA, *con intensa amargura*.—Sigues siendo de piedra... No vacilas; ni siquiera se contrae tu gesto de mármol al ver a la altiva implorando...

MARCELO.—No... No se contrae mi gesto de mármol... Persigo el ideal de los civilizados: «el máximo de placer con el mínimo de esfuerzo». Tu recuerdo de otro tiempo es más dulce que tu realidad de hoy, un poco acre y llena de inquietudes vulgares... Déjame hacer la vida serena de las estatuas, sin odio y sin amor!

ANGELA, *muy enérgica; bruscamente*.---¿Es decisiva tu resolución?

MARCELO.—Irrevocable!... Te he querido demasiado para seguir aceptando de tí,---sin amor---lo que puede darme cualquiera otra... Ya ves: el pasado es lo que nos separa... Convéncete de que entre tú y yo ha concluido todo.

ANGELA, *con altivez; amenazante*.---Te he buscado; te he escrito; he humillado mi orgullo; me he arrastrado delante de tí, y tu egoísmo fiero me rechaza... No importa! Estamos frente a frente. Y he de verte abatido!... Y he de verte fracasado!... Mañana mismo voy a hacer que mi marido encuentre una de tus cartas—yo sé cuál.

*Se aleja algunos pasos, vuelve la cabeza altiva y lanza el reto.*

Entre nosotros no ha concluido todo!... Miserable!

*Transición rápida!*